

28. Discerniendo a los Justos y a los Impíos

(Juzgando a Otras Personas)

E. J. Waggoner

El hombre justo es aquel en cuyo corazón mora la palabra de Dios. Y este hecho no es evidente a través de sus circunstancias externas. Si pudiéramos mirar el corazón como lo hace Dios, y ver con la claridad de Su visión, seríamos capaces de discernir allí la presencia o la ausencia de fe, y solo por eso sabríamos a cuál de las dos grandes clases pertenece cualquier individuo en particular.

Siendo la fe la fuente de la justicia, su ausencia, y solo eso, es la causa de la impiedad. Porque todos los hombres son por naturaleza impíos, teniendo corazones carnales que «no están sujetos a la ley de Dios, ni tampoco pueden estarlo». Y la misma naturaleza humana que se manifiesta en asesinatos, embriagueces y las formas más bajas de vicio y crimen, es la naturaleza común de todos los hombres. Solo el accidente de las circunstancias impide que se manifieste de igual manera en todos los hombres. El miembro altamente respetable de la sociedad, que sin embargo no conoce a Dios, no tiene nada de qué jactarse sobre el hombre a quien la sociedad tacha de paria, porque la diferencia entre ellos no es una diferencia de naturaleza, sino meramente de fortuna, por lo cual no puede atribuirse ningún mérito.

Cuando Adán pecó, adquirió una naturaleza caída y carnal, y solo esa naturaleza pudo legar a sus hijos. Así, todos sus descendientes adquirieron su naturaleza, siendo transmitida por cada padre a su vez. Y así, todos los hombres han recibido la naturaleza caída que Adán tuvo, y solo las variaciones en el proceso de transmisión y en las circunstancias en las que los hombres han estado rodeados, han producido, fuera de la gracia de Dios, las diferencias en sus historias de vida. Pero con aquellos que han recibido la gracia de Dios, ha habido un cambio de naturaleza; y a esto, y no a ninguna variación de fortuna, se ha debido el éxito de sus vidas. Incluso el apóstol Pablo testificó de sí mismo: «Por la gracia de Dios soy lo que soy», y dijo: «Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (1 Corintios 15:10; Gálatas 6:14).

Y por lo tanto es cierto que el hombre que está más alejado de Dios es aquel que menos siente su necesidad de la gracia Divina y de una naturaleza diferente a la que Él tiene. Esto se

ilustra con la parábola del fariseo y el publicano, que fueron al templo a orar. El fariseo pensó que tenía una naturaleza mejor que otros hombres, así que agradeció al Señor que no fuera como ellos; pero el publicano, sintiendo su necesidad, exclamó: «Señor, sé propicio a mí, pecador», y bajó a su casa justificado.

Ningún hombre es tan irremediablemente impío como aquellos que se sienten satisfechos consigo mismos; y los que están más cerca de la autosatisfacción no son los que manifiestan las mayores debilidades y son culpables de la mayoría de los crímenes, sino los que son capaces de conformar sus vidas al estándar mundial de moralidad y respetabilidad.

Podemos saber cómo estamos nosotros mismos delante de Dios, porque es una cuestión sencilla saber si creemos o no Su palabra. Esa palabra nos dice que tengamos toda la confianza en Dios y ninguna en nosotros mismos, o en la carne. Si decimos amén a esto, Dios, por Su poder creador, nos hace justos, y estamos justificados delante de Él.

sus corazones. Solo podemos mirar la apariencia externa, que no es un índice de la naturaleza de la vida interior. Por lo tanto, se nos da la exhortación: «Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios.» (1 Corintios 4:5, RVR1960).

Así, en Malaquías leemos del tiempo en que el Señor formará Sus joyas, y «los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve». Esto indica un tiempo en que aquellos que no le sirvan no serán perdonados. «Entonces», dice Él, «Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve. Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve.» (Malaquías 3:17-18, RVR1960). Ese será el tiempo en que el juicio sea dado a los santos del Altísimo, y los santos posean el reino (Daniel 7:22) en la primera resurrección. Ver (Apocalipsis 20:4-6).

No es asunto nuestro ahora conocer los pensamientos y motivos ocultos del corazón de los hombres. Tal conocimiento nos haría mucho más daño que bien. Todo lo que nos concierne aquí es creer la palabra de Dios para nosotros mismos y sembrar la semilla de Su verdad junto a todas las aguas, sin pasar por alto ningún lugar porque parezca desfavorable, sino teniendo

esperanza para todos, a través de la misericordia y la gracia tan abundantemente dadas a todos en el Evangelio.

PT, August 30, 1894